

PARIS ALEGRE



AÑO I. — NÚM. 4.

CONFIDENCIA

1.º DE JUNIO DE 1901.

PARIS ALEGRE
Barcelona.

CRÓNICA



Si ser reina y particularmente de Servia, debe ser una ocupación poco envidiable para una señora que no quiera enterar al respetable público de los trastornos de la naturaleza, característicos en toda recién casada.

Según telegrafían de Viena, la comidilla de políticos, diplomáticos, reporters y desocupados es lo que se ha dado en llamar «El escándalo de la reina Draga», bonito título

por otra parte para una novela de Ponson du Terrail.

Según unos, la reina servia ha intentado suicidarse á consecuencia de haber fracasado su propósito de dar gato por liebre á su joven marido, el hijo del ya difunto Milano, intentando pasar como suyo á uno de su hermana, haciendo bueno el refrán de que á quien Dios no le da hijos, da sobrinos al demonio.

Afirman otros que la reina provocó una hemorragia para dar la castaña al rey y á su amado pueblo haciéndoles creer en un falso alumbramiento.

No faltan algunos de los que, como en las comedias, *lo saben todo*, que sostienen que Su Majestad se encuentra en estado interesante, pero que su gestación data sólo de cuatro meses.

En fin, lectores míos, que es un verdadero lío, un *real lío* el de esa casa llamada desde tiempo lejano á dar temas abundantes á las chismografías de bulevares, críticas de casinos y comentarios de periódicos.

Lo que me ha parecido en extremo duro es que éstos digan, sin duda desarrollando mal la idea por ahorrar palabras en los telegramas, que en Budapest se dice que el ministro austro-húngaro en Servia, Mister Hengelmüller, «fué el primer diplomático que conoció el verdadero estado de la reina Draga». Yo ya sé que el corresponsal no ha querido decir semejante enormidad que viene por tabla á colocar en una situación poco airosa al marido; pero el caso es que lo ha dicho y que muchos, á quienes consta la hermosura de la reina, envían la suerte del afortunado húngaro.

En cuestión de envidia, no es tampoco pequeña la que hoy en París se tiene á Richepin (hijo) con motivo de su reciente boda.

La novia es una de las actrices predilectas y mimadas del público parisién: Cora Laparcerie, artista de notable belleza, que en el Odeón y en el teatro de Sarah Bernhardt ha encantado muchas veces con su fina gracia parisién á su público de adoradores. Su último triunfo lo alcanzó interpretando la infortunada heroína del *Quo Vadis?* llevada á la escena.

El novio, *aunque joven*, es hijo de Richepin padre, como me dijo un émulo de Gedeón, y es un artista delicado, un poeta original, que emula los triunfos del autor de sus días.

La explicación de estos amores, que tan trágico fin han tenido, es bien natural y sencilla, teniendo en cuenta que el flamante marido es el propio cosechero del *Quo Vadis?* teatral. La inclinación era sin duda antigua: me refiero á la del poeta por la actriz, porque ver á Cora Laparcerie y no amarla es cosilla algo difícil. Pero viendo á la artista en el papel de Sigia, cándida, inocente, sencilla, bellísima como la mártir cristiana, Jacques Richepin se ha sentido Vinicio y ha ofrecido su

corazón y su mano á la actriz del teatro Sarah Bernhardt. El acto del matrimonio ha revestido los caracteres de un acontecimiento para el intelectualismo parisién, que acudió en masa á coronar de rosas á los novios, el poeta exquisito y la actriz mimada, y á beber champagne á su salud y porque la luna de miel sea en ellos más duradera que en el ingeniero español D. Julio Castellanos, quien, á creer á la prensa mejicana, ha batido el *record* de la poligamia, habiendo heroicamente contraído matrimonio la friolera de catorce veces, labor pesada y nada fácil y que, como es natural, le ha imposibilitado de saborear las dulzuras de un mismo matrimonio arriba de un par de semanas.

Según noticias, de las mujeres del ingeniero ocho son mejicanas, una española, otra italiana y cuatro norteamericanas. Su primera esposa y por tanto la auténtica y legal, vive en El Paso (Texas) donde el valiente Castellanos la conoció en 1889, y es de creer que aparte del sentimiento que tenga por haber su esposo repartido el corazón entre tanta gente, no dejará de halagarla la idea de ser la única que tiene derecho sobre ingeniero con tanto partido entre el bello sexo.

No sabemos ¡cómo hemos de saber! el resultado del proceso que se sigue á este portentoso sultán, que por medio tan sencillo y procedimiento tan agradable ha conseguido no sólo disfrutar de una variadísima luna de miel, sino reunir una fortuna importante, pues tenía la precaución, digna del mayor elogio, de escoger sus esposas no sólo entre las más bellas, sino también entre las más ricas que le salían al paso. Pero sea el resultado aquel el que se quiera, siempre me parecerá injusto si no estriba en coronarle por bravo y pasarle una pensión por su galantería probada con las mujeres. ¡Ah! si todos hiciésemos lo mismo, ¡qué pocas solteras habría! Y las mujeres nos lo agradecerían y el espíritu de Napoleón nos enviaría sus bendiciones desde el cielo.

El desarrollo de la raza y el crecimiento de la nación serían hechos consumados.

CONDE VIOLET.



LAS BUENAS FORMAS



La vi una tarde de primavera, cuando recogida la falda con monería exclusivamente parisiense, escalaba por la estrecha escalera de caracol la imperial de un ómnibus. Un estremecimiento nervioso sacudió todo mi cuerpo y desde aquel instante, la soberbia pantorrilla la pantorrilla torneada primorosamente, artística como esculpida á cincel y excitante con sus medias, cuya mitad inferior simulaban calcetines negros y la superior ostentaba el color de las rosas de te, constituyó mi obsesión, mi único objetivo, mi exclusivo punto de mira.

¿Qué me importaba que el rostro de aquella mujer fuera bonito ó desgraciado, que su tez resultara de alabastro ó bronce, que sus cabellos fueran rubios como las espigas maduras ó negros como el azabache?

Toda mujer guarda un encanto en su cuerpo y mi desconocida, por muchos que tuviera, habrían de ser forzosamente eclipsados ante aquella pantorrilla que envidiarían todas las esculturales Venus que se exhibirán en el Salón de Bellas Artes.

Verla y desearla, fué cuestión de un minuto, y adivinando toda la hermosura á que servían de base tan lindos pedestales, sentí como si un impulso superior, desviándome del camino que me había propuesto seguir aquella tarde, me arrastrara en pos de quien podía decirse que en cada pierna tenía una obra artística.

Tembloroso, agitado, anhelante, logré sentarme al lado de ella, y con la confianza á que inmediatamente obligan las apreturas naturales en semejantes vehículos, la casualidad quiso, más que mi voluntad, que mi pierna rozase ligeramente con la que era objeto de mi locura. No puedo explicarme ó por lo menos explicar lo que entonces sentí; una descarga eléctrica no me hubiera producido igual efecto, y aturcido, anonadado, me atreví á deslizar en el oído de mi vecina palabras de amor, de entusiasmo, de pasión arrebatadora.

Y fuí afortunado: mis miradas primero y mis palabras después fueron correspondidas y al poco tiempo parecíamos ella y yo dos buenos y antiguos camaradas. Quedamos, al despedirnos citados para vernos al día siguiente y en los sucesivos hicimos lo propio, llegando á profesarnos un mutuo cariño.

Elena, que así se llamaba, era una buena muchacha que apenas si me consentía la menor libertad, cuando yo, amante y apasionado, dejaba hablar á las manos, por si en las yemas de los dedos había colocado la fortuna la elocuencia de que mi boca carecía para conven-

cer á mi novia de que entre dos que bien se quieren, las concesiones deben ser mutuas.

Yo la hablaba de sus buenas formas y Elena, no queriéndome dejar mal, las empleaba excelentes para despertar en mí todos los apetitos y no satisfacer ninguno.

La situación era insostenible y dispuesto yo á todo por realizar las ilusiones de mis nervios, Elena aprovechó la ocasión para pedirme que me casara con ella.

Confieso que fuí débil y que después de realizar los preliminares necesarios se realizó la boda, con todos los requisitos de la ley.

Me parece oportuno pasar por alto detalles triviales de los momentos que precedieron, acompañaron y siguieron á la boda; únicamente debo hacer constar mi extrañeza al ver que

Elena no consintió jamás en despojarse delante de mí de sus medias. Este detalle me alarmó, como es natural, y los mejores juicios que formé acerca de la que ya era mi esposa, la eran poco favorables, pues su conducta me recordaba la que lúbricamente seguían las vulgares vendedoras de amor.

Y era ya mi mujer, llevaba mi apellido y tenía en depósito mi honra.

Y yo cada vez más loco por aquellas pantorrillas.

Quise ejercer la autoridad de mi derecho y fue inútil; amenacé á Elena con el divorcio y fué inútil también.

Mi situación llegó á ser ridícula y ha ta ese punto no debía descender mi dignidad. Después de una riña por las dichas medias, anuncié á Elena que ó se las quitaba para dormir ó me obligaba á separarme de ella para siempre. Mi esposa, saltando por cima de todas las consideraciones sociales y aun del amor que tantas veces me había repetido y jurado, consintió en que la abandonara.

Cuando lloraba yo á solas, separado de mi dulce bien, su obstinación y mi desgracia, recibí de Elena una carta que decía:

«Pichoncito mío:

»No puedo vivir sin ti, y tanto para que vuelvas á mi lado, como para que no me juzgues mal, voy á hacerte una confesión. Comprendiendo que la base de tu cariño eran mis «buenas formas», como tú me decías siempre aludiendo á mis pantorrillas, no quise desilusionarte, declarándote ¡vergüenza me da el decirlo! que precisamente tengo las piernas como unas agujas de hacer media y que mis buenas formas se deben exclusivamente á unas excelentes medias de armar. Si así te gusto, vuelve á recibir las caricias y besos de tu

ELENA.»

¿Se me olvidaba decir á Vds. que mi mujer había sido bailarina!

X. X. X.





PAGAR EL PATO

Por verdadera casualidad pasé por el Puente Real, y una vez en él y ya por no tanta casualidad, me acerqué á un grupo encantador formado por cinco preciosas muchachas, que á la barandilla estaban asomadas. El descuido con que la mayoría de ellas tenían levantados sus vestidos, me hizo comprender que en algo más interesante que en reservar sus gracias á los ojos del respetable público, se ocupaban.

Atraído, como el acero por el imán, por los encajes de las enaguas de la que se hallaba colocada en el centro del grupo, me acerqué á éste preguntando tímidamente:

— ¿Las ocurre alguna desgracia?

¡Ay! sí, señor — me respondieron. — Hemos pasado el día en una quinta cercana, cuyo dueño nos había obsequiado con un hermoso pato, que traíamos contentas y gozosas, pensando en el suculento guisado que íbamos á hacer con él. Pero el animalito al ver el agua ha debido sentir la nostalgia del líquido elemento, como dicen en las novelas, y ¡zas! se ha arrojado al Sena.

— Pues con volverle á coger....

— Eso sería bueno — me replicó la de las enaguas, — si no se lo llevaran aquellos que van en la lancha, burlándose, encima, de nosotras.

— No se apuren — les contesté, — si ustedes quieren acompañarme, esta noche comeremos todos pato.

No se hicieron mucho rogar, y á las ocho de la noche en un reservado del restaurant de la Estrella pude crearme convertido en un sultán de Turquía ó Marruecos. No he visto jamás mujeres más complacientes, cariñosas y espléndidas en todas sus manifestaciones: realmente se desvivían por hacerme pasar la velada muy divertida y agradable.

— ¿Cuánto dice usted que es la cuenta, *garçon*?

— Cuatrocientos veinte francos.

— ¡Pues, es una friolera!... Ahí van.... Ahí van.... Y diga usted al dueño que prometo no volver á poner los pies por aquí.

— Como usted guste, señorito.

— Querido doctor, me encuentro muy malo. Ya ve usted qué erupción más espantosa.... Esto no es cara.... es una berenjena.

— Pero hombre de Dios, ¿dónde se ha metido usted? ¿Ha cometido usted algún exceso?

— Sí, señor.... Abonar por una cena cuatrocientos veinte francos....

— Vamos que pagó usted el pato....

— ¡¡ Usted lo ha dicho!!...

CLÉO de MÉRODE

La fama de su hermosura ha dejado atrás la de Ninon de Lenclos, y Cléo goza hoy de más popularidad que disfrutaron Gambetta, Boulanger y Victor Hugo.

Nadie como la célebre bailarina ha podido saborear tan á lo vivo el triunfo de su belleza, y los artistas la reproducen las ilustraciones esmaltan como con rosas sus satinadas páginas con los retratos de ella, y hasta las cajas de cerillas que más partidarios tienen son las en que figura su efigie medio mística, medio mundana, pero siempre sugestiva.

Es una mujer sobre la que no ha habido discusión, pues como dicen en *El Monaguillo*, tiene una caída de ojos, mortal de necesidad.

Su fama, no obstante, data de cierta ocasión en que un escultor eminente pudo presentar á la consideración del respetable público un precioso desnudo en el que todo el mundo ¡vaya V. á saber por qué! creyó adivinar el de la linda *danseuse* que tantos cerebros ha trastornado. El éxito de la estatua corroboró el de Cléo, quien después su camino le ha visto siempre sembrado de flores, y lleno de admiradores y envidiosas.

Estas, queriendo rebajar el mérito fi-

sico de la bailarina, tramaron una conjura contra ella, tomando pie... ¡de su peinado! Y comenzó á decirse que el origen de éste estribaba en que las orejas de Cléo eran tremendamente grandes y feas.

Ella, con la soberbia del poderoso, anunció un día en New-York, que saldría al escenario sin su peinado habitual. El teatro se llenó de bote en bote, y efectivamente, al poco tiempo, todo el mundo declaraba que las orejas de la bella eran encantadoras y que si las cubría con las bandas de su pelo, era sencillamente para tener una cosa más que ocultar que todas las demás mujeres, y hacer á los hombres desear un detalle de su cuerpo que todas las demás prodigan sin darle valor alguno.

Si fuera verdad que la cara es el espejo del alma, habría que convenir en que Cléo de Mérode debe tener un alma muy hermosa; pero sin que nosotros nos atrevamos á desmentirlo en absoluto, nos parece que ese debe ser un asunto de su exclusiva competencia, aunque si cada deseo que ha inspirado fuera un lunar que le saliera á la cara, á estas fechas parecería que estaba picada de viruelas. Y eso siempre redundaría en perjuicio.. de quien no puede satisfacerlos.





LA BONDAD DE LAS MUJERES

Natalia se quedó estupefacta al entrar en casa de su amiga Odette de Normère. Maletas y mundos interceptaban aquí y allá el paso, los cajones de armarios y cómodas estaban vacíos, y la cama desaparecía bajo una avalancha de vestidos y de sombreros.

Contemplando aquel baturrillo, exclamó:

—¿Es decir que te vas?

—Sí; me voy al campo á reunirme con mi marido.

El asombro de Natalia aumentó con estas palabras.

—¿Cómo? ¿No está ya él allí desde fines de invierno? ¿Rehusaste acompañarle entonces, y ahora te decides?

Sin dejar de arreglar sus joyas en un cofrecillo, Odette replicó con negligencia:

—Temía fastidiarme allí bajo... No creas que sea muy alegre el castillo de nuestros padres.

—¿Y hoy no temes ya aburrirte en él?

—No.

Al hacer esta afirmación sacó una carta de su bolsillo.

—Toma; lee estas dos líneas de la carta que me escribe mi marido.

«...Nuestro vecino Pablo Landa ha regresado de su viaje. Algunas veces nos vemos; pero yo creo ob-

servar que me evita siempre que puede.»

Natalia exclamó:

—Pues no sé qué relación...

—Voy á explicártela. Pablo pretendió en otro tiempo casarse conmigo... hace ahora unos cuatro años. Como estaba tronado, le dí calabazas. Hoy sin embargo, por la añoranza que siento, comprendo que le amaba. Y sé que él me amaba también. Ese amor verdadero no lo he hallado en mi marido, ni en... los amigos que luego he aceptado.

—¿Entonces, estás decidida á partir?

—Resuelta del todo. No he inspirado hasta hoy y creo que no inspiraré más que caprichos. Así pues, no te extrañe que ansie con vehe-

mencia conocer el amor. Pablo Landa posee todas las circunstancias para satisfacer esta aspiración mía: el acento especial, el talante de un héroe de novela. ¿Recuerdas á los caballeros que tratamos en el Gimnasio, tan amables, tan sugestivos y cuya

buena presencia y amena conversación tanto nos cautivan? Todas hemos envidiado á las mujeres amadas por ellos... Pues bien, yo quiero saber qué es esto y que me envidien también.

—¿Y tu marido?

—¡Oh! no me lo recuerdes. Él, tan complaciente en París, así que estamos en el campo ya no me deja, y se cree obligado á marearme con mil obsequios.

Durante algunos minutos, Odette permaneció con la vista fija, la faz soñadora, casi melancólica. Levantóse por fin, y colocando las manos sobre los hombros de su amiga, pronunció firmemente:

—Oye. Tengo en mi vida una ocasión única de ser dichosa, y me aprovecharé de ella. Ignoro cómo me las compondré, pero te garantizo que mi marido no nos molestará; perteneceré á Pablo con toda libertad, y, lo que es más, le seré fiel, ¿me entiendes? completamente fiel.

* * *

Un mes después, Natalia recibía la siguiente carta: «Amiga mía:

»Creo que en el mundo habrá personas dichosas, pero no más que yo. Hasta creo serlo demasiado. ¿Cuánto durará esto? Siempre, me parece: no hay razón porque así no sea: es éste un cielo inmenso sin

nubes, y no es admisible que pueda oscurecerse. ¿De dónde vendría la nube?

» ¿Qué te parece de estas ideas que me acuden? Me las inspira él... tan inteligente, tan exquisito... Pablo mío!, y me ama tanto, y yo le amo tanto también! Sí, amiga, convéncete de que amo. ¿Es curioso, verdad? ¡Amar, en nuestra época, y con nuestros corazones enjutos! Pero ¡cómo los hincha el amor y los vuelve generosos, tiernos, afectivos! Quisiera hacer bien á todo el mundo y que todos fuesen dichosos en torno mío.

» Ahora me explico aquel estado de mi ánimo perfectamente: en París, antes de volver á verle, le amaba ya. ¿Te ríes? Entonces, ¿por qué no haberle llamado antes á nuestra villa, donde habríamos sido tan libres y gozado de nuestro amor tranquilamente? La razón es porque aquí, en este mismo sitio, nos conocimos, porque aquí me amó, y aquí he querido hacerle dichoso, en estos lugares testigos de los sufrimientos que por mí experimentó otros días. ¿Acaso no es amor esta delicadeza?

» Y en la misma glorietta en que me declaró su amor, le he confesado yo el mío. Y en el rincón del parque en que rechacé su afecto, le he concedido el primer beso. Y en el mismo saloncillo que oyó nuestros adioses... caí en sus brazos!

» Oh! qué cita... y las siguientes, y luego...! No es posible que lo imagines, no, imposible. Verdaderamente, hay cosas que yo ignoraba... no cosas feas... al contrario... En fin ya te contaré.

» ¿Y mi marido? Pues, en el fondo, ahora sólo esto te interesa, y ya estás aguardando. ¿Cómo me las he arreglado para librarme de mi marido?

» Sabe, pues, que el desdichado está en cama, inmóvil, que permanecerá en ella dos largos meses, y que no se le ocurrirá reclamar sus derechos conyugales.

» A ti esto te confunde y te admira, ¿verdad? Pues lo cómico es el sistema de lograrlo. Te lo recomiendo.

» Ya recordarás, cuando nos despedimos en la estación, que me dejaste en un coche sola con un caballero á quien todavía no nos habían presentado, si bien le conocíamos perfectamente por haberle visto en varios asaltos [de armas, donde se lucía mucho: el capitán Bellange.

» El tren partió.

Aldeas y llanuras desfilaban ante mi vista. Mi pensamiento estaba fijo en Pablo. ¿Me amaría aún? ¿Cómo se portaría en nuestra primera entrevista? Qué conducta me tocaría seguir?

» De pronto, sentí un pie deslizarse entre los míos. Levanté los ojos. El capitán Bellange me contemplaba con aquel aire fatuo de los militares cuando se dirigen á una mujer.

» Hundíme hasta el fondo de mi asiento. Otros sueños llenaban mi imaginación. Pero él repitió el juego. Y esta vez sonrióse de una manera que él juzgaría irresistible. ¡Irresistible... yo que soñaba con Pablo!

» Malhumorada, me levanté y cambié de sitio. Entonces no insistió.

» El viaje se acabó tranquilamente. En la estación me esperaba mi marido. Subióse al estribo para tomar mi maleta. Y allí, solamente allí, te lo juro, me acudió la idea, pero tan precisa, tan violenta, que ni siquiera pensé en dominarla. Era el medio buscado, la salvación...

» Me precipité en brazos de mi esposo, aparentando una agitación que supe fingir perfectamente, y exclamé:

» — ¡Oh qué contenta estoy de verte, amado mío! ¡Ese caballero es un insolente... no he sabido cómo librarme de él!

» Hubo un simulacro de bofetones y el obligado cambio de tarjetas. Al día siguiente, batiéronse, y mi marido recibió una estocada en el vientre. Dos meses de guardar cama...

» ¿Qué me dices de la estratagema? ¡Un mes de libertad todavía! ¡Otro mes de amor! ¡Dios mío, ¡cuán dichosa soy! — *Odette de Normère.*»

MAURICIO LEBLANC.



Juramento de mujer
Al que férvido la adora,
Ha de escribirse en el viento
O sobre la inquieta onda.
Cátulo.

A la salida de un carmen
Unos ojos negros ví;
De quién eran, no lo sé;
Que me cautivaron, sí.

Tienes unos ojillos
Tan rebuscosos,
Que con una mirada
Matas á un hombre.

¿Qué tienen esos ojos,
Dime, alma mía,
Que no entiendo si matan
O si dan vida?



Buena estampa, buen pañuelo,
buena espalda, buen palmito...

*¡Y así se pierden las almas
y está el infierno llenito!...*



Hace igual que con los hombres
con el cigarro esta niña,

que les chupa cuanto puede
hasta volverlos ceniza.

LA CITA

El robusto banquero Laremise, sentado ante su despacho, volvía y revolvía entre sus carnosos dedos la carta misteriosa que había recibido pocas horas antes por el correo.

La letra no le era del todo desconocida; pero por más que había sondeado en los arcanos de su memoria revolviendo episodios de antiguas conquistas



y galanterías, no había logrado dar con nombre de mujer alguna, ni humilde ni encopetada, á la cual pudiera atribuir la perpetración de aquellos garabatos.

Dirigióse á su secretario, lindo mozo de unos veinticinco años, apuesto, de ojos vivos y aires de calaverón.

— ¿Qué os parece esto, Corbette? ¡Una desconocida que me invita á comer, esta tarde, en gabinete reservado!

— ¡Magnífico! ¿Pensáis acudir?

— No; ¿me creéis todavía amigo de aventuras? Además, ¿qué pensaría mi mujer?

— ¿No está invitada hoy la señora en casa de su hermana?

— Es verdad; lo había olvidado. ¡Hombre!, pues siendo así, iré á la cita... á ver si experimento alguna sensación nueva.

— Me permito recordaros que esta tarde debe tener lugar la reunión de accionistas de las minas de Alaska.

— ¡Voto á...! Es cierto... Imposible que falte. ¡Malditos filones! Ya quisiera que se los hubiesen llevado los diablos!

— Entonces, ¿decidís?...

— ¡Qué queréis que haga! Estoy obligado á sacrificar el amor al deber; Venus, diosa de la hermosura, ha de quedar postergada á Mercurio, dios de los banqueros. Pero no quiero que se pierda el rato de placer que promete este dulce billetito. Si tenéis intención de aprovecharlo, os lo cedo gustosamente; mucho más siendo como veis anónimo y que no puede comprometerme.

Corbette vacilaba, pretextando también por su parte una ocupación urgente.

Laremise le dió un golpecito en el hombro, y le dijo bondadosamente:

— ¡Animo, hombre! Nada arriesgáis. Si es fea, os excusaréis; pero no sé por qué se me figura que debe ser hermosa, y que no habrá de pesaros esta aventura.

Y tendió el papel á Corbette, quien lo guardó con aire indiferente en el bolsillo.

* * *

Al caer la tarde, detúvose un fiacre ante el pabellón de Armenouville.

Una mujer, oculto el rostro por espeso velillo, abrió la portezuela, pagó al cochero, muy generosamente sin duda, pues se oyeron unas sonoras gracias, y en seguida atravesando febrilmente la gran sala del piso inferior, se informó del gabinete que había mandado reservar.

— Llamaré dentro un momento — dijo al camarero que aguardaba respetuosamente.

Quitóse la elegante esclavina y se hundió en un diván.

Su corazón latía fuertemente y ardíanle las mejillas.

Ahora que estaba allí, completamente sola, en aquel saloncito claramente decorado, á propósito para una comida íntima, preguntábase cómo ella, la señora de Laremise, se había atrevido, como una *cocotte*, á dar una cita á su marido.

¡Tanto y tanto le había suplicado, sin conseguirlo, que una vez, una vez sola, la llevase de juerga!..., y nunca el grandísimo bribón había consentido. ¡Ah! ¡qué magnífica revancha iba á tomarse ahora ante la estupefacción del banquero!

Rióse maliciosamente de su picardihuela, y de pronto, poniéndose seria, exclamó:

— Es preciso combinar un verdadero menú de conquista amorosa. Quiero que salga de aquí satisfecho de todo.

Meditó largamente la carta, y luego escogió platos picantes, salsas incendiarias y vinos trastornadores.

Terminada la elección, llamó.



El camarero asomó su rostro pálido y picaresco, y sonrió al hacerse cargo de la lista.

Los gabinetes vecinos iban ocupándose paulatinamente.

A través del tabique percibía roces de crujientes sedas y robustas voces de hombre que le hacían experimentar singulares sensaciones.

Súbitamente sonaron pasos rápidos en el corredor.

La señora Laremise abandonó de un salto el diván con aire si es ó no es asustado, tendió ambas manos y abrió la boca como para replicar á la primera exclamación que lanzaría su marido.

La puerta abrióse en seguida, y dió paso al lindo Corbette.

Ambos lanzaron la misma exclamación de asombro y ambos se quedaron un buen rato inmóviles en su sitio, como petrificados.

La señora Laremise fué la primera en recobrar la sangre fría.

Esforzándose en dominar su emoción, preguntó al secretario:

— ¿Venís de parte de mi marido?

— No, señora; vengo simplemente en su lugar.

Y exhibió el perfumado billetito, declarando, con la vista baja, que no habiendo podido su principal aprovechar la ocasión, no había querido sin embargo que se perdiese.

Desarmada por la franqueza del joven, la señora

Laremise espontaneóse á su vez, y contó su propósito de realizar un sueño que de años atrás acariciaba; comer en gabinete reservado con un marido que la tratase como á una conquista.

Corbette había perdido ya la timidez que le causara la sorpresa.

Acercóse á la señora Laremise, y con la vista indicóle al camarero que acababa de poner el cubierto.

— Puesto que estamos en un cuarto reservado — insinuó, — ¿qué inconveniente hay en que celebremos la comida que os proponíais?

La señora Laremise vaciló; hubiera querido negarse; pero los ojos de Corbette suplicaban con tal elocuencia, y había, por lo demás, en todo el aire de su persona, tal aspecto de decencia, que acabó por decir, pegando fuego á sus naves:

— Bien mirado, como que tenéis que guardar un secreto, poco importa que su peso sea ligero como excesivo; lo llevaréis igualmente.

Y añadió para sus adentros:

— Si me voy, tal vez creerá que me inspira miedo, y no quiero que esta fatuidad le envanezca.

Era bastante tarde ya cuando salieron del restaurant. La señora Laremise se despejó pronto al respirar el aire libre. Tenía la frente cubierta de rubor, y no cesaba de preguntarse porqué daba el brazo á aquel buen mozo moreno que la miraba picarescamente y aun á veces se permitía tutearla...

Por la mañana siguiente, en la oficina, el robusto banquero preguntábale á su secretario, mirándole maliciosamente, por el resultado de la aventura.

— ¿Es decir que estáis satisfecho?

Corbette hizo chasquear su lengua contra el paladar, y replicó con tono de gourmet consumado:

— Del todo satisfecho.

SANTIAGO IVEL.



FOLIES-BERGÈRE



Folies-Bergère, con su jardín de invierno donde toca la orquesta de las damas vienesas, y en el cual se ven diseminadas varias mesitas sobre blanda alfombra que reemplaza el fresco césped de las *pelouses*; con su paseo circular en torno de la sala de espectáculos, sus palcos y sus galerías á dos pasos del bulevar; Folies-Bergère se ve frecuentado por todos los que opinan que la vida es harto corta para pasarla fastidiándose, y por los que quieren regalar sus ojos en la contemplación cercana de las más hermosas hijas de París.

Allí hay diversión y deleite, tanto por las escenas que se desarrollan en los palcos, en las galerías y en el jardín, como por el variado espectáculo que tiene lugar en las tablas.

La aristocracia del *demi-monde* no desdeña los palcos de Folies-Bergère, y hay noches en que puede espaciarse la vista por toda la heráldica de la galantería parisiense: allí se admira á las Croix-Nivert, Magdalena de Saint-Ouen, marquesa de la Crème-Fouettée, Alice de Saint-Esprit, etc., etc., sobrenombres que toma al partir para las cruzadas de amor todo el ejército de muchachas que abandonó las faenas de «bajas servidumbres.»

No asoma una estrella en los cuatro ángulos del horizonte sin que el empresario de Folies-Bergère, el infatigable M. Marchand, salte al express para ir en seguida á alcanzarla y á llevársela á sus Folies. Así ha contratado en Londres á las deliciosas muñequitas vivientes llamadas las Barrisson, las sorprendentes acróbatas Willy y Charley, y al incomparable *jongleur* Bagessen. De Madrid llevóse á la bella Otero y de Nápoles á la Cavalieri; de Londres, á Little-Tich, que, de no malograrse, hubiera llegado á genio!

En Folies-Bergère han tenido cabida toda clase de espectáculos, desde el circo con los animales sabios hasta la ópera cómica con sus *ballets* radiantes de luz eléctrica, desde las bailarinas envueltas en gasas y sedas, exhibiendo sus caderas y muslos, á la música de maestros como Francisco Thomé. No se dan menos de 16 á 18 números cada noche.

Los mismos entre actos son como una sucesión de cuadros vivientes, una especie de cinematógrafo donde desfila toda la vida galante y toda la nocturna de París. El perfume de la mujer lo invade todo y embriaga, y el espectador contempla á menudo con atolondramiento á ese tropel de «vírgenes locas» pasar entre sonoros acordes sobre un fondo rojo sombrío intermediado de espejos, como si voltease lánguidamente en los caballitos de un *carrousel*.

Las caderas ondulan bajo las faldas, cuyos bajos orlan como remolinos de espuma blanquísimas enaguas que rizan por fuera del tejido sus nubes de volantes. Las redondas espaldas y turgentes senos de las mujeres chocan á cada paso con pechos de hombres, que, llegando en sentido inverso, se abren y se cierran tras ellas permitiendo entrever, por los intersticios de las cabezas, magníficos tocados que iluminan el grano de oro de una joya, ó el brillo de una piedra...

«Admira su presencia esplendorosa cuando en el hemicíclo, extendiéndose por la sala, pasean por parejas, empolvados los rostros que antes decoró el afeitado, esfumados los ojos en aureolas de azul pálido,



teñidos los labios de rojo vivo, proyectando hacia delante los senos que parecen surgir del apretado talle y derramando efluvios de opoponax que propa-

gan abanicándose, á los cuales se mezcla el poderoso aroma de sus sobacos y el finísimo perfume de una flor que se desmaya entre los encajes del pecho.»



EL CASINO DE PARÍS

Entrando por la calle Blanche, se experimenta de pronto una visión de Oriente gracias al «Salón Indiano», cuyos pequeños *boudoirs* alumbran discretamente globillos rojos.

La puerta del «Paraíso de Mahoma» se abre en este salón del todo oriental, y las hurís y las almeas que llegan á entereverse, prometen voluptuosidades divinas á los pobres mortales.

vivas y palpitantes. Los abanicos, agitados con diestra mano, semejan un vuelo de mariposas, de alas sembradas de lentejuelas de oro y pedrería, vagando en torno de esas flores de carne y de enervantes perfumes.

En medio de la sala, al rededor de varias mesitas, se instalan siempre grupos de espectadores dispuestos á divertirse.



Alineados contra la pared, en traje de baño, tres ó cuatro negros... de madera aguardan que se les manotee el vientre, y por unos pocos céntimos os indican la fuerza de vuestros biceps.

Desde el umbral de la Gran Sala, el golpe de vista es soberbio. Ligeras columnas sostienen saledizas galerías que parecen aéreas, y las inundan los resplandores de dorados lampadarios. Una verdadera profusión de espejos refleja todos los destellos de esta sala, cuya linda tonalidad verde pálido realzada de blanco y oro derrama en torno la alegría y se mete por los ojos.

Los palcos circulares, separados por ligeros tabiques que permiten á cada cual estar como en su casa, son una florecencia, un verdadero ramillete de flores

Y se divierten verdaderamente, pues el Casino de París ofrece todos los atractivos y diversiones de los grandes Music-Halls de Londres y de Viena, donde todo concurre á deslumbrar la vista y á que sin sentir transcurra el tiempo: lindas mujeres en la escena y en la sala, suntuosos bailes con innumerables danzantes vestidas y... sin vestir, números extraordinarios...

Los días de gran fiesta se baila también por todo lo alto en la sala, como si la dirección quisiese recordar que antes de ser lo que actualmente representa, el Casino de París fué émulo del Moulin-Rouge, y glorificó la escuela de *Nini-Patte-en-l'Air* y de *Grille-d'Egout*.



¡ELLAS!

Las dos cosas más cambiantes son el curso de las aguas y el humor de las mujeres.

Pitaco.

* * *
Sirvienta Juana Garrido
Desde muy joven ha sido,
Y ahora no encuentra acomodo;
Y es que ya tanto ha servido,
Que está inservible del todo.

Líborio Porset.

* * *
Hay que contar en la fidelidad del perro hasta el postrer instante, y en la de la mujer hasta la primera ocasión.

* * *
Cuando una mujer tolera un atrevimiento, es que ya medio se entrega.

* * *
Procurar placeres á la mujer es la más fuerte de todas las seducciones, y de todas, la mejor tramada.

* * *
¿Por qué te llaman coja, Dorotea?
¿Quién hay que tu figura
Enhiesta y firme al caminar no vea?
Pues, ¿á qué tal censura?
¿Es porque suele tu virtud acaso
Tropezar y caer á cada paso?

G. M. de Jovellanos.

* * *
La mujer que acepta presentes de un hombre, contrae una deuda que se expone á tener que pagar con su persona.

* * *

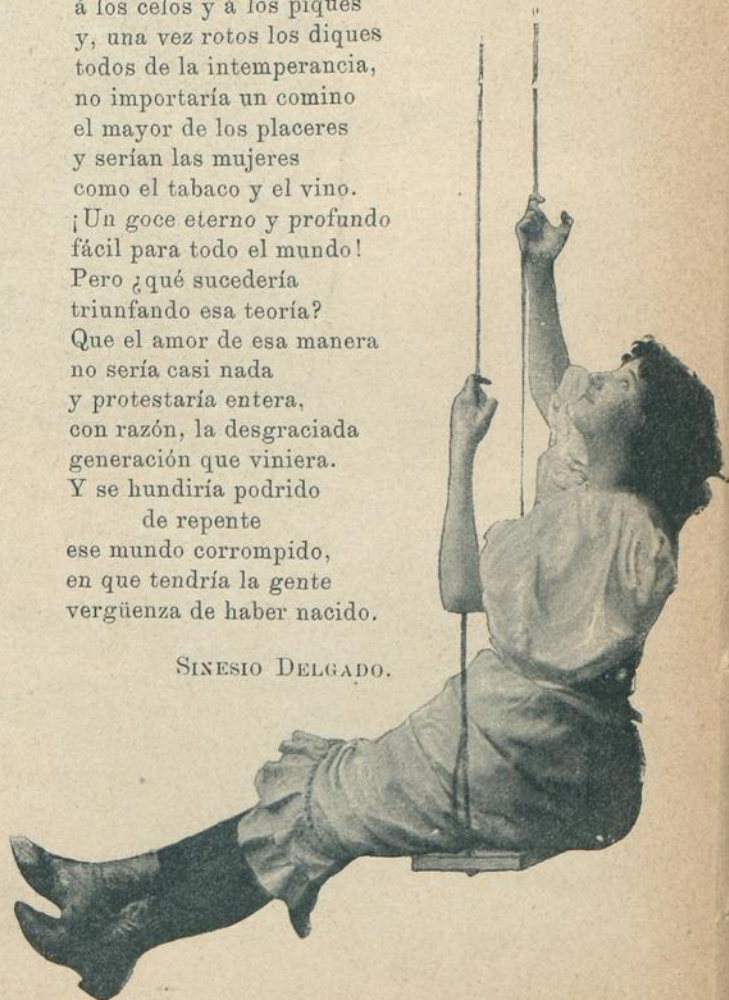
Una mujer, al acudir á una cita galante, no pide más que amor. Si pretendéis en semejante ocasión pasaros de agudo, sólo lograréis mostraros necio y torpe, pues perdéis el tiempo y la ocasión.

CÍRCULO VICIOSO

¿No parece que sería
muy conveniente y muy bueno
que mañana ú otro día
triunfase la teoría
del amor libre y sin freno?
¿Puede soñarse una cosa
más hermosa
que echar abajo las leyes
del pudor, romper las trabas,
y hacer de los hombres reyes
y de las hembras esclavas?
Porque, una vez suprimida
la virtud de las doncellas
y bien enteradas ellas
de su papel en la vida,
no tendrían las pasiones
ningún obstáculo serio
y cesaría el misterio
que da tantas desazones.

Se amaría
sin miedo á la luz del día,
no se daría importancia
á los celos y á los piques
y, una vez rotos los diques
todos de la intemperancia,
no importaría un comino
el mayor de los placeres
y serían las mujeres
como el tabaco y el vino.
¡Un goce eterno y profundo
fácil para todo el mundo!
Pero ¿qué sucedería
triunfando esa teoría?
Que el amor de esa manera
no sería casi nada
y protestaría entera,
con razón, la desgraciada
generación que viniera.
Y se hundiría podrido
de repente
ese mundo corrompido,
en que tendría la gente
vergüenza de haber nacido.

SINESIO DELGADO.



QUINCENA TEATRAL

CARTAS Á MARGARITA

Querida amiga: en verdad te digo que hemos llegado á un grado de cosmopolitismo en el teatro, que para poder divertirse una en él, necesita saber más lenguas que los diplomáticos. Y si no lo crees vé apuntando

En el Principal hemos tenido la compañía del Odeón. Francés parisién puro, sin mezcla de algodón.

Vamos á Novedades: el inimitable Frégoli con su extenso y extraordinario repertorio, en italiano, continúa haciendo furor.

Pasemos al Tivoli: te quedarás sin entender una palabra como no domines el valenciano.

Del Eldorado se han despedido las mariposas eléctricas: el que no supiera inglés no podría decirlas «buenos ojos tienes» á ninguna de ellas. Además se ha estrenado para el beneficio de la Taberner, que estuvo muy lucido, el entremés valenciano «Cambiar de estat».

En Romea, ya se sabe: repertorio catalán por todo lo alto.

En el Edén-Concert, no se diga. El personal francés es tan escogido como numeroso, como dicen los periódicos de los grupos de más de cuatro personas.

En la Gran Vía debutará en breve la compañía que actúa en Folies Bergère de París, y vendrán artistas de Folies Marigny, del Casino y de Olimpia. Excuso decirte que el espectáculo será cosmopolita auténtico, pues constituirá un pot-pourri de chansonettes, juegos malabares, ejercicios gimnásticos y de prestidigitación, excéntricos y un gran cuerpo de baile formado por bailarinas inglesas y en el cual, según me han dicho, figura una de las primeras estrellas de la capital francesa, que aseguran dará el opio. Allá veremos y ya te diré el resultado del debut.

Nada te digo de la capilla de música de Berlín, porque además de que ya no se encuentra en Barcelona, como que «tocaba en alemán» no entendí una palabra.

Para que nada falte en este movimiento ó trasiego artístico universal, te diré que la graciosa sevillanita Trinidad Gutiérrez, cuyo retrato te envío adjunto y de la que ya has oído ponderar su fama como bailarina del rango español, se encuentra ¿dónde dirás?... Pues nada menos que en Viena, volviendo locos á los alemanes con su garbo y salero cuando en unión de su hermana ejecuta los bailes típicos de nuestra Andalucía, que con tanta frecuencia son adulterados por artistas que tienen de la tierra de María Santísima, lo que tú y yo de vestales romanas.

De modo que nunca con más razón que ahora puede decirse que el arte no tiene fronteras.

Conforme va adelantando la estación, van las compa-

ñías de las temporadas de invierno dando «las últimas» con los tradicionales beneficios. Hoy, todo el que figura en una lista teatral cualquiera, tiene derecho á beneficio: desde la primera tiple al último acomodador. Ya no sabe una á qué beneficio quedarse ó, mejor dicho, asistir.

Uno de los que más concurridos se han visto ha sido el del popular Ricardo Güell en la Gran Vía, quien á modo de prospecto había repartido un periódico en toda regla titulado «El 24 de Mayo», en el que figuraban acreditadas firmas de literatos, artistas, periodistas y poetas.

En el Teatro Novedades actuará durante el verano la Compañía del Teatro de la Comedia de Madrid. Esta Compañía, por lo regular, ha realizado siempre brillantes campañas y es de creer que este año le sucederá lo propio. Los días de moda sobre todo, prometen verse muy concurridos por la sociedad más distinguida de la capital. Aunque nos censuren un poco por lo llamativo de nuestras *toilettes*, creo que ni tú ni yo debemos abandonar tan concurrido campo de operaciones. ¡Algo se sacará!

Respecto á los toros puedo decirte que rotos los tratos que parece habían acordado los respectivos empresarios de las Plazas Nueva y Vieja de Barcelona, han vuelto á hacerse la competencia, y á cada dos por tres tenemos corridas emocionantes y despampanantes. Hace poco se dió á luz un *gachó* llamado D. Filemón por mal nombre, que anunció mataría un toro con una corriente eléctrica, y resultó que ese señor había confundido los términos, y lo que él creía electricidad era dinamita que por poco hace volar la plaza y á

cuantos en ella estábamos. No sé si debo insistir en decirte que efectivamente el toro que sufrió tan cariñosa sacudida, quedó muerto instantáneamente, que era ni más ni menos que lo que D. Filemón y Baucis se había propuesto demostrar.

Aparte de esta salvajada y de los revolcones que por diferentes puntos de España va cosechando el célebre D. Tancredo, la temporada taurina se desliza como una seda y hasta el presente no son más que catorce ó diez y seis los toreros que tienen que guardar cama á consecuencia de cornadas más ó menos cariñosas.

Y como veo que esta carta ya se va haciendo larga, corto por lo sano y te envía un abrazo y un beso tu mejor amiga que desea verte,

DEMI-VIERGE.



TRINIDAD GUTIÉRREZ

Revista quincenal ilustrada
con fotografías del natural

20 cént. número

PARIS ALEGRE

Admon.: Librería francesa
Rambla del Centro 8 y 10

BARCELONA

Para los anuncios españoles en esta revista, dirigirse á todas las Agencias de publicidad y á esta Administración.
Agence exclusive pour la publicité étrangère, Cebrian & Cie. — Puertaferri, 18. — Barcelona



**SALUD Y HERMOSURA
DE LA
BOCA**
MENTHOLINA DENTIFRICA
DE GUSTAVO HENRI



**GLICEROFOSFATO
DE
CAL GRANUAR
MIRALES**
TÓNICO RECONSTITUYENTE
ANTINEURASTÉNICO



¡NO MAS CANAS!!
TÓNICO
HABANERO
Dr. J. GARDANO
PAPILLOS
ANTIDISENTÉRICOS
Dr. J. GARDANO
DIGESTIVO GARDANO
ELIXIR ANTICASTRÁLICO



**ENOLATURO
ZARZA-COSTAS**
Depurativo de la Sangre
HERPES - Eczema - Prurito - Irritaciones, etc.



**NUEVO CORSE
LE FURET**
BREVETE S.G.D.G.
Higiene • Elegancia
Se hacen en forma
LUIS XV
REPRESENTANTE
M. Gustave Henri
Diputación, 36, 1ª
— BARCELONA —

¿Quiere V. hacer un buen regalo á su novia?
Compre una caja de
POLVOS IMPERIALES
Son los mejores que existen para conservar la
FRESCURA Y BELLEZA DEL CUTIS.
Evitan la formación de arrugas prematuras, y preservan de granos, barros y erupciones de la piel.
PERFUME DELICIOSO FINOS Y ADHERENTES
10 reales caja en el Depósito Central:
Plaza del Pino, 6, farmacia
BARCELONA
Por correo certificado, 14 reales.

**ÚLTIMA PALABRA DE LA CIENCIA
LO MEJOR PARA EL CABELLO**
LOCION
VIOLET-QUINA
EXTRACTO VEGETAL. M. CASALS
Higiene, Asepsia y Antisepsia de la Cabeza.
HERMOSEA, conserva y vigoriza el cabello.
DETIENE su caída y promueve su crecimiento.
IMPIDE la calvicie y canicie prematura.
VENTA: En todas las Farmacias, Perfumerías, Droguerías, Peluquerías y Bazares. Frasco: 3 ptas
Por mayor: V. Ferrer y C.^a; Vidal y Ribas; L. Gaza; S. Banús; Dr. Andreu y Cebrián y C.^a, Barcelona.
— G. García y Martín y C.^a, Madrid.

DEL MISMO AUTOR
THYMOL - CASALS
El mejor Dentífico y Antiséptico.
Premios Exposición PARÍS 1900 (único concedido), y IX Congreso Internacional de Higiene, Madrid.

LIBRERÍA FRANCESA
8 y 10, Rambla Centro
BARCELONA
GRAN SURTIDO
DE
TARJETAS POSTALES ILUSTRADAS
Nacionales y Extranjeras
EN VENTA:
EMILE ZOLA
LE TRAVAIL
Edición francesa 4'50 pts
Franco correo Certificado . 5 »
Se admiten sellos de Correo ó Giro Mutuo.
Administración PARÍS ALEGRE:
8 y 10, Rambla del Centro.
BARCELONA



**AGUA DE COLONIA
VIRGINAL**
Las plantas frescas que empleamos en su preparación la recomiendan para la higiene de la vista; litro, 6 pesetas.
**FARMACIA DE TORRES MUÑOZ
SAN BARTOLOMÉ, 7**



BELLEZA DE LOS PECHOS
CON LAS
PILULES ORIENTALES
del Dr. RATIÉ, 5, Pasaje Verdeau, 5, París
Únicas que en 2 meses sin perjudicar la salud, dan al seno la exuberancia y tersura deseadas. Frasco con instrucciones 7 pesetas. Se remiten por correo enviando 7'50 pesetas en libranza ó sellos, á Cebrián y C.^a, Puertaferri, 18. Barcelona.

Premio «RENUNCIADO» en la Exposición Universal de París de 1900.

CURACION CIERTA DE LAS ENFERMEDADES URINARIAS
SANTALOL SOL
NUEVO MEDICAMENTO MUCHÍSIMO MAS ACTIVO QUE EL SÁNDALO
Depósito: Farmacia Sol, Cortes, 226 (frente Universidad), BARCELONA

NO SE ADMITEN ORIGINALES

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD